

■ MONEO, Rafael y FERNÁNDEZ, Francisco. *El Carmen Rodríguez-Acosta*. Granada, Fundación Rodríguez-Acosta, 2001

*Carmen González Román*

El libro publicado por la Fundación Rodríguez-Acosta constituye una de esas "raras" ediciones por las que se siente atraído desde el Historiador del Arte hasta el bibliófilo empedernido, pasando por el aficionado al arte o a los libros. En efecto, ateniéndonos al sentido dado por nuestros clásicos al término "raro", no estamos simplemente ante un libro excepcional sino que se trata de una extraordinaria y singular edición.

Al interés que suscita el soporte material, el libro como objeto artístico, hay que sumar el no menos atrayente contenido teórico y artístico de la obra. Así pues, considero un feliz acierto el equilibrio alcanzado entre el seductor diseño, obra de Valentín Albardíaz; el excelente estudio realizado por Rafael Moneo; y las hermosas fotografías de Francisco Fernández. A todo ello hay que sumar los impecables dibujos realizados por Monserrat Ribas; y, no podría dejar de mencionar las delicadas palabras, cargadas de poesía, que Miguel Rodríguez Acosta dedica en el prólogo a la trayectoria personal y artística del pintor José María Rodríguez Acosta.

La historia y el significado del *carmen* Rodríguez-Acosta ha sido ya fruto de al-



gunos estudios. Las tres publicaciones que últimamente han dedicado una mayor extensión al carmen son las revistas *Forma y Color*; *Ianus. Old and New International Architecture*; y el libro *José María Rodríguez-Acosta, 1878-1941*. Especialmente, en este último, se recogen algunos de los textos de más relieve sobre la obra del pintor, entre los que destacaría las opiniones de Juan de la Encina o Emilio Orozco, quienes ya en su momento sugirieron que habría que entender el carmen como "verdadero autorretrato" de José María Rodríguez Acosta. Y es que este mágico edificio, prodigiosamente integrado en el paisaje, parece que necesitara para su comprensión del desciframiento de una fórmula secreta, de un sortilegio que nos ayudara a entender de qué modo se ha conseguido ese proporcionado y armónico equilibrio entre jardines, patios, peristilos, adarves, pasadizos y escaleras, en relación con los interiores de la casa.

Rafael Moneo, haciendo gala de un exhaustivo rigor científico al abordar el estudio de este edificio, nos desvela los entresijos del proyecto, al indagar, sabiamente, en la biblioteca y archivo personal de José María Rodríguez-Acosta. Pero, además, la extraordinaria capacidad de Moneo para captar el espacio, así como la fluidez compositiva desarrollada desde su afamada actividad como arquitecto, le han permitido un especial acercamiento y una comprensión mayor de la obra. De este modo, el descubrimiento de un álbum de fotografías en el que José María Rodríguez-Acosta fue dejando constancia, entre 1916 y 1928, de las distintas fases de construcción del carmen y la posibilidad de cotejar dichas imágenes con los dibujos que guarda la Fun-

dación que lleva su nombre en Granada, animaron a Moneo a acercarse de nuevo al edificio y llevar a cabo el estudio y redacción del texto que nos ocupa.

Moneo va más allá de las descripciones y encasillamientos contenidos en estudios precedentes, en los que el concepto de eclecticismo prevalecía por encima de alguna otra consideración. De este modo, como acertadamente indica, sería equivoco el despachar esta arquitectura con el calificativo de ecléctica, o entenderla simplemente como pastiche. Desde las primeras páginas, Moneo presta una especial atención al proyecto del arquitecto malagueño Ricardo Santa Cruz, cuya intervención había sido por lo general minusvalorada y que, en cambio, según nuestro estudioso, es decisiva en la configuración final del proyecto. La diversidad de los espacios, el modo en que Santa Cruz los entiende, imprime a la casa un toque de modernidad inesperado que entronca con la arquitectura centro-europea, y lleva a Moneo a pensar en las experiencias de un arquitecto como Losos. Ciertamente es, como se advierte en este libro, que si se hubiese construido la casa/estudio estrictamente según los planos de Ricardo Santa Cruz, el carmen no despertaría el interés que hoy suscita. Pero el modo en el que la casa/estudio se coloca sobre el terreno, el patio de la entrada, la salida al jardín, el sistema de pórticos y terrazas, las torres, la asimetría, etc., son todos rasgos que —insiste Moneo— ya estaban presentes en el proyecto del arquitecto malagueño.

El estudio continúa con el análisis de los planos e intervenciones posteriores correspondientes a los arquitectos Teodoro de Anasagasti y José Felipe Gimé-

nez Lacal. Pero la aportación más interesante que ofrecen las investigaciones realizadas por Moneo nos viene dada por el, hasta ahora "invisible", papel desempeñado por José María Rodríguez-Acosta en estos proyectos. Así, desde el primer momento, el pintor granadino impuso a los arquitectos una serie de condiciones que definitivamente fueron definiendo la configuración final de su casa/estudio. Estas directrices marcaron la pauta a los trabajos de los arquitectos contratados, y los cambios de rumbo que se aprecian en los distintos proyectos serían el resultado de los desplazamientos de intereses del propio artista-mecenas. Por ejemplo, el cambio de rumbo dado al edificio después de la propuesta de Santa Cruz estaba —en opinión de Moneo— ya decidido cuando Teodoro de Anasagasti se incorporó al proyecto. El arquitecto vasco incidía en una arquitectura híbrida y diversa, pero el interés de éste por la arquitectura popular chocará con el gusto más cosmopolita de Rodríguez-Acosta. Por tanto, los cambios hacia moldes y fórmulas más relacionadas con el universalismo déco vendrán, según Moneo, de la mano del cliente, y no como legado del arquitecto.

Algo más escueto es el capítulo dedicado a los jardines del carmen. Moneo

considera que la construcción de la casa/estudio implicó un proyecto previo de jardín y establece la hipótesis de que los cambios que se fueron produciendo en el edificio estuvieron inspirados por el sesgo que iba adquiriendo la jardinería. De este modo, subraya la estrecha relación entre el interior y el exterior.

Los últimos capítulos resultan especialmente sugerentes pues analizan el significado de los elementos arquitectónicos que de forma individual o unitaria definen el edificio: arcos, columnas, dinteles, etc.; así como las diversas estructuras surgidas a partir de "lo que pudo ser la estrategia constructiva". El colofón de este estudio es la confirmación de lo que, anteriormente, Moneo ha ido argumentando en el trabajo, "el carmen como autorretrato": la hipótesis, compartida por buena parte de los que se ocuparon del carmen, de que es a José María Rodríguez-Acosta a quien hay que atribuir la paternidad de la obra, que la intervención de los arquitectos en la construcción del carmen fue instrumental, ateniéndose éstos al dictado de lo que eran las intenciones del ilustrado dueño.